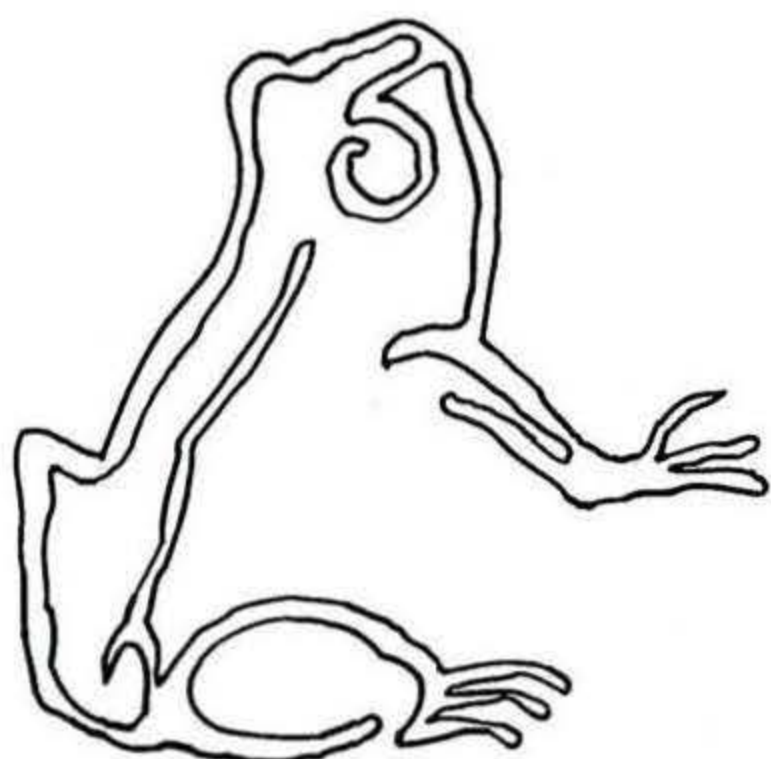


nas. El asunto del bien y el mal, por ejemplo, es tratado en *En la arboleda*. "Yo: solitaria evidencia del ayer denso y alegre bosque que adornaba estos territorios" (pág. 53). Un pobre árbol débil a quien los otros árboles malos odian, resiste la muerte del bosque y concluye que su fortaleza no es otra cosa que una ilusión. Texto que nos da un insólito discurso ecológico lleno de adjetivos "de los dañinos rayos por el intenso ramaje de las altas plantas que me circundaban" (pág. 54). En el caso de *Preocupaciones de un pájaro* se trata de un ave que nunca aprende a volar; entonces, se convierte en "animal terrestre". Ocupa su vida aprendiendo a caminar y reflexionando sobre su condición de pájaro, porque de todas maneras él quiere ir más allá del acto de volar si pudiera volar.



Seres caracterizados por la incoherencia mental, que se meten en viajes interiores que el lector no logra disfrutar. En *Seguimiento a un hombre* la pesada narración nos arrastra por una carretera dentro de un campero, con los personajes del cuento. Es una descripción de un día de campo y del comportamiento de Ciro. En *Mi tío Elías*, es otra personalidad perturbada la que se deleita en producciones mentales confusas que rayan en la locura.

Parece ser que la preocupación del autor por sus hombres es buscarles un mundo perfecto para vivir. En *la liga del buen retoño*, una agrupación se dedica a crear una pequeña sociedad de seres incontaminados, separados de la gente común, seres "escogidos que sólo se casan entre ellos para reproducirse a

sí mismos en un insólito mundo de acuerdo con el ideal que han trazado los iniciadores de la Liga. También su final es sorpresivo.

"No tardaron en efectuar sus intenciones de someternos y en medio de un inexplicable alelamiento no omitimos esfuerzos en complacerles, ayudándoles incluso en la construcción de un amplio cuartel a un lado de la aldea, donde prontamente se instalaron asegurándose de resguardar convenientemente un nuevo sitio de morada" (pág. 20), en *Adversarios*. Aquí la narrativa de Arroyo se torna pesada, y avanzar en una historia densa y larga de invasión se hace difícil y se pierde el interés.

Las búsquedas del autor expresadas en esta selección nos hablan de confusión, miedo y sinsalidas, emociones que conducen a los protagonistas, en su totalidad varones, a construir toda clase de elaboraciones mentales enfermizas, asunto que se repite en nuestras sociedades hasta alcanzar la locura que no les permite ver que del otro lado están los caminos.

DORA CECILIA RAMÍREZ

En el umbral de la Parca

El pasajero Walter Benjamin

Ricardo Cano Gaviria

Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1993, 146 págs.

La idea de recrear literariamente los últimos días de un personaje célebre tiene antecedentes ilustres en las obras de Thomas de Quincey sobre Emmanuel Kant, en los pasos sobre las postreras huellas de Bolívar recorridos por García Márquez, o en *La muerte de Virgilio* de Hermann Broch, para mencionar sólo algunos de los ejemplos más conspicuos. El propósito de Ricardo Cano Gaviria de reconstruir las últimas jornadas terrenales del escritor alemán Walter Benjamin, puede entrar con pleno derecho a esta galería de obras con sobrados méritos.

En el umbral de la novela nos sorprende esta pregunta: "¿Puede un filósofo alemán, prototipo del antihéroe, convertirse en el tránce de su muerte en protagonista de una novela?". La respuesta la provee el mismo autor cuando afirma que la narración que da cuenta del hecho da prioridad a la anécdota y a las circunstancias que precipitaron el fin del filósofo berlinés antes que tratar de reconstruir el proceso mental que pueda llevar a una persona a disponer de su fin por mano propia. La prelación de la anécdota emparenta la intención del novelista con el estilo alegórico peculiar del pensamiento benjaminiano, que gozaba de una capacidad fuera de lo común para divisar en la experiencia concreta del mundo los límites extremos de lo pensable. Su editor y amigo Theodor W. Adorno describió así su singular destreza: "Lo característico de Benjamin, también desde el punto de vista teórico, es que en él el vigor filosófico abarca objetos no filosóficos, incluso materiales aparentemente ciegos y desprovistos de intención. Casi podría decirse que se mostraba tanto más luminoso cuanto menos correspondía a los llamados objetos oficiales de la filosofía aquello de lo que hablaba". Esta afinidad estilística entre el novelista y su personaje es un primer aspecto de empatía que encontramos en el manejo de la narración: capítulos cortos precedidos de citas —tratamiento más propio del ensayo— también ponen de presente las constelaciones vivas del pensamiento y de la escritura benjaminiana: Kafka, Baudelaire, Flaubert, Hoffmannsthal, Brecht, Shakespeare, el Talmud, Mörike, La Rochefoucault, que están indicando, además, su pasión por las citas... "para él, el tránsito por la existencia se daba como un largo paseo por un infinito Pasaje decorado sólo de citas, hermosas y multicolores colecciones de citas expuestas como *bibelots* tras las vitrinas, y por eso era que a veces actuaba como si estuviera muy poco dispuesto a dudar de que, en virtud de su aureola mágica, una cita sobre la esperanza pudiera realmente infundir esperanza" (pág. 15). Como la de Goethe, que le socorre en el trance con la policía fronteriza al tenor de que "la esperanza sólo nos ha sido dada para los

desesperanzados", a pesar de que su arsenal de citas también conservara la sentencia kafkiana de que "Hay infinita esperanza, pero no para nosotros".

Acaso no sea un azar el que la muerte de Benjamin ocurriera en un puesto fronterizo, él, tan dado a cruzar fronteras, a atravesar umbrales, pasajero del tiempo y del espacio. Porque, de hecho, la existencia de un límite conlleva el deseo de cruzarlo, de alcanzar el ámbito del más allá que amplía su horizonte. Sus años de cruzar fronteras entre disciplinas científicas, entre clases sociales, entre la tradición judía y la alemana, su tenaz permanencia en la frontera que separa el arte y el pensamiento alemán del francés y su proximidad a los linderos del pensamiento y de la experiencia lo habían convertido en un experto en el cruce de fronteras, pero al mismo tiempo no lo habían hecho inmune al acecho de los enemigos del paso libre y del mundo reconciliado. En la movilidad peligrosa por entre pasajes, umbrales y fronteras fincó Benjamin su principio de libertad intelectual. Recordemos de paso que fue él mismo quien teorizó sobre *el flâneur*, ese paseante experto en el arte de perderse entre lo conocido para iluminar en el hallazgo de lo cotidiano la aventura del encuentro de lo otro en el reino de lo mismo.

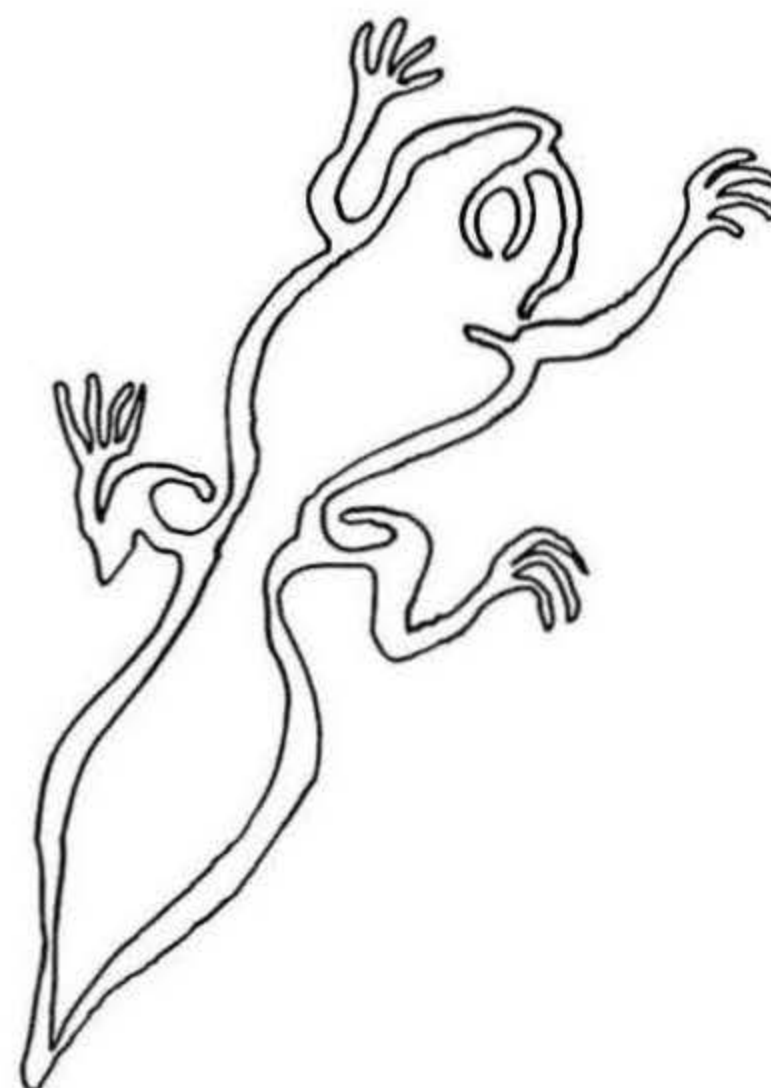
De ahí se deriva su condición misma de marginal, dada su intención de colocarse más allá, o más acá, de las situaciones conocidas. Sólo en la acción de cruzar "el umbral de la propia clase" veía surgir Benjamin una ganancia de conocimientos acerca del modo de funcionamiento de los órdenes políticos y del pensamiento. Esto es, que la verdadera penetración intelectual de las cosas sólo la alcanza quien ha logrado neutralizar su pertenencia a un grupo o a una clase. Con esto define Benjamin la condición del intelectual como un desclasado al que su soledad, requisito de su libertad espiritual, condena al aislamiento y a la marginalidad. Y es en esta situación como lo aborda Cano Gaviria en su intento de cruzar la frontera franco-española, procedente de París y rumbo a Lisboa, para tomar un barco hacia la libertad que representaba Norteamérica en esas circunstancias. Con su cartera negra de cuero llena de

manuscritos como único bien, nos lo muestra Cano Gaviria en el trance de ponerse fuera del cerco nazi. Pero en este punto le sale al paso otro de sus motivos de frustración, el hado hostil al que los alemanes han dado en llamar "el jorobadito", quien le tuerce el destino a sus elegidos, y del cual Benjamin era asidua víctima, merced a sus rasgos de carácter.

Una circunstancia bien curiosa es la que impide que el grupo entre el que viaja Benjamin no obtenga el permiso para cruzar la frontera. Tan sólo por pocos días estuvo en vigencia la orden que prohibía el cruce, y en ese lapso teme Benjamin caer en manos nazis. A esta adversidad hay que agregarle otra de índole física que enfatiza el novelista, que se expresa en el malestar estomacal que aqueja al escritor en sus últimas horas. Apremiado por la fatiga que le produce el arduo ascenso a la montaña (¡Hay Pirineos!) Benjamin toma agua de un pozo estancado, contra todas la advertencias de sus compañeros. A la tarde lo atacan unos fuertes cólicos, frente a los cuales sólo pueden las pastillas de morfina que lleva en su maleta. Su precaria salud se ve así minada por el dolor que impulsa hacia los límites su capacidad de resistencia. En este estado va a pasar su última noche en el Hotel Internacional, de Port-Bou. Esta larga jornada hacia la noche, en la narración de Ricardo Cano será el motivo para mirar atrás tratando de entender el camino recorrido.

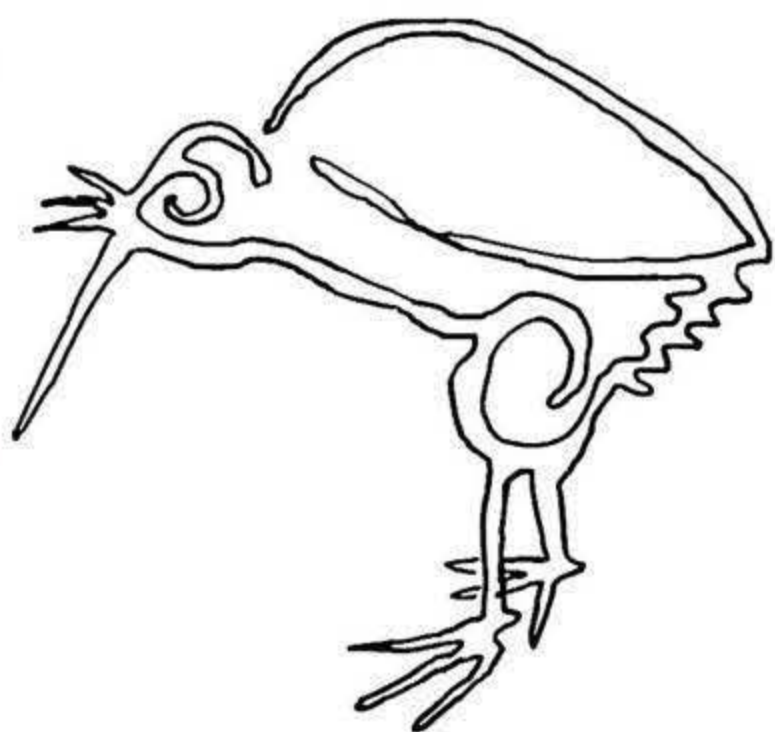
El desapego que la noche obra sobre el escritor lo indica el narrador en escenas logradas, como la relación que encuentra el personaje con sus pocas cosas: los zapatos, la cartera, los anteojos. Estos vínculos materiales con la vida y el mundo humano poco a poco van perdiendo peso en la atención del filósofo. La preocupación por sus manuscritos nos recuerda la del Virgilio moribundo por el manuscrito de la *Eneida*, tal como nos lo presenta Broch en el trance de la desmaterialización de los elementos. A este propósito hay, a lo largo del relato, un *leitmotiv* que preocupa al protagonista: encontrar un buen tema para un cuadro. Así, cada situación es analizada desde una sensibilidad estética, suerte de distancia que salva al sujeto de la perentoriedad de la

circunstancia. Estando en su lecho, solo, Benjamin encuentra el *beau-sujet* en sus propias humildes pertenencias: "naturaleza muerta con zapatos, con zapatos y hombre cansado", frase que lleva implícito un guiño al bueno de Vincent van Gogh y su pintura de zapatos sobre una silla.



La noche salpicada de insomnio por el malestar del cuerpo también le permite al traductor de Proust, quien era consciente de "que ya somos muy pobres en experiencias de umbral" —uno de cuyos últimos refugios lo constituyen los actos de "dormirse" y de "despertarse"—, le permite observar con lucidez que en el punto en que se encuentra "ya no es posible salvarse a ningún lado...". Para el melancólico, entonces, para el sujeto de los protocolos sobre el hachís en Marsella, la situación está planteada: "Nadie tiene potestad sobre un cadáver". El paso es entonces hacia la nada, hacia esa dimensión desconocida de la existencia, si es que eso es algo designable. Y a diferencia de ese pequeño histérico de Marcel, a quien el solo calor de los labios maternos bastaba para conciliar el sueño, para el adulto solitario del hotelito de frontera era necesario, además, el beso amargo de las pastillas de morfina para volver a visitar el paraíso de la infancia berlinesa, perdida en el cruce de siglos. El alivio de la muerte consentida por el hombre sin esperanza la presenta el narrador como el último viaje empen-

dido por el filósofo “con la alegría de quien constata que, a pesar de todos los contratiempos surgidos, no ha llegado tarde a la cita”, y quien hasta el término de su jornada llevó puestas sus espesas gafas de miope, como buscando definir los perfiles del mundo que dejaba y los nuevos que aún le pudiera preparar el final.



Con la muerte que narra, Cano Gaviria recupera el “sentido de vida” del escritor que en cada una de sus obras, muchas de ellas póstumas, inauguró un género literario. La invitación a la lectura de la novela del colombiano es a la vez un convite al conocimiento de la obra de uno de los escritores más fascinantes e inquietantes de nuestro siglo moribundo.

RICARDO RODRÍGUEZ MORALES

Los últimos cuentos de Moreno-Durán

Cartas en el asunto

R. H. Moreno-Durán

Seix Barral/Biblioteca Breve, Santafé de Bogotá, 1995, 132 págs.

Cuando a Joyce le preguntaron sobre alguno de los avatares públicos de su país, pudo responder así: “No me moleste con política; a mí sólo me interesa el estilo”. El estado presente y desamparado de nuestras letras —pletórico de Darío Ángel, de Rafael Chaparro, de Adelaida Nieto— haría pensar que la

política fascina como nunca a los creadores; las páginas de los nuevos prosistas albergan tantas cacofonías que se precisa valentía y sordera para recorrerlas, y empujan al lector a los territorios menos extraños de otras generaciones. Por eso, es curioso que el último libro de ficciones de Moreno-Durán haya sido recibido en relativo silencio por la crítica. Montserrat Ordóñez ejerció una proverbial miopía en el *Magazín Dominical* (núm. 616, pág. 11); poca cosa se ha encontrado en otras publicaciones.

Seis relatos contruidos con cuidado forman el libro. Para el efecto singular que logran se valen de una arquitectura aceptable y de una prosa límpida, que, como la de Durrell, nos sorprende menos por novedades tipográficas o arbitrariedades sintácticas que por su precisión milimétrica y su manejo generoso del idioma. Los precede un prólogo que creo, salvo el párrafo que lo cierra, innecesario: funciona a la manera de las oberturas, entregando misivas de información que los relatos desarrollan posteriormente. Es, por parte de Moreno-Durán, una invitación paternalista y demasiado pródiga al explicar sus intenciones; es, desgraciadamente, un instrumento necesario que los textos de calidad deben entregar (nos hemos acostumbrado a ello) al perezoso lector colombiano. Porque lo que sigue a la obertura es maravillosamente ambiguo, porque la respuesta está apenas sugerida en algunos casos y en los demás negada de plano: Moreno-Durán se enfrenta al lector y lo enfrenta al reto de la participación y de la propia búsqueda; no quiere enfermarse de obviedad; evita, lo decía Baudrillard, la explosión de la información junto con la implosión del significado; escribe con la esperanza de que el lector sea más inteligente que el autor, de que conozca aquello que éste apenas parece intuir, y bien logra lo que pretende, particularmente en dos relatos: *Epístola final sobre los cuáqueros* y *El azar en la manga del tahúr*; éste último, superior a todos y que se llamó en alguna oportunidad *Los pronombres de la luna*, navega sin equivocarse por las tres personas narrativas del singular y entrega al cabo un cuadro completo y cerrado. *El extraño caso de Sofía Parkinson*,

primero de los relatos, cesa en una apertura todavía incómoda; los demás son tan concretos como *El azar...*; uno es más feliz que el siguiente, pero todos presentan esas dos satisfacciones: la ambigüedad reticente y el estilo trabado. Entre ellos, *Nuestra señora de Lourdes* ha sido incluido en una reciente antología del cuento colombiano. La publicación es de la Universidad Autónoma de México.

En *Cartas en el asunto* he leído a un narrador seguro, perspicaz y amoral (como conviene a la literatura), de aquellos que llegan a confundirse con su obra: sus textos están siempre atravesados, pues, por las mismas obsesiones: la sátira implacable, el humor y la ironía, la situación irredenta de personajes que son, como el hombre que describió Gerald Heard, constantemente sexuales y perpetuamente promiscuos. En lo sexual son víctimas de la perversión; en su promiscuidad, del tedio. Moreno-Durán los pone a hablar con la crueldad de Virgilio Piñera, sin respeto por ellos pero con simpatía, y poco hace para evitar que desemboquen en el mismo objeto de casi todas sus metáforas, que acaso sea el objeto de *todas* las metáforas: el cuerpo femenino.

Pero estos temas, aunque inagotables, son ya conocidos. Hablar de ellos es un riesgo de la tautología y del lugar común. En cambio, creo encontrar en esta colección un sutil y menospreciado aporte técnico que pasó desapercibido a Ordóñez. En la nota a su comentario, se propone “averiguar por qué los títulos de los relatos de *Cartas en el asunto* sólo aparecen en el índice y no se repiten al comienzo de cada texto, lo que dificulta la lectura, y crea expectativas de una continuidad que no se cumple a cabalidad”. Ignoro qué tipo de continuidad es la que busca la reseñista: los relatos de Moreno-Durán son —tenían que serlo— organismos cerrados y acabados en sí mismos. Sin embargo, existe una línea subyacente y común a todos que, más que pretender unidad temática en la colección (como sucede, por ejemplo, con los *Dubliners* de Joyce), quiere proponer una realidad total, un cuadro más grande que contiene los relatos sin absorberlos. Por eso los personajes andan con asombrosa libertad entre los textos: por eso Ximena